

NIETO, Alejandro: *Entre la Segunda y la Tercera República*, Comares, Granada, 2022, 236 págs.

El 19 de octubre de 2022, en la sede de la aburrida *clase discutidora*, se aprobó la Ley de Memoria Democrática. Bajo el amparo de esta legislación tiránica, el Gobierno pretende dictar la «verdad oficial» y reescribir la Historia que abarca desde 1936 a 1975. Bajo fuertes sanciones —que pueden llegar a los 150.000 euros—, se veda cualquier tesis o exégesis histórica contraria a los delirios del régimen. La «izquierda» está usurpando todo debate doctrinal y académico. Buscan, negando toda realidad y fuera de un mínimo rigor histórico, hacer creer a los españoles que en 1931 se estableció un sistema democrático incólume. Sin embargo, y para desgracia de la mayoría, un grupo de militares facciosos y sacerdotes radicales decidieron dar un *coup d'état* para instaurar un atroz régimen fascista.

Alejandro Nieto, en esta obra, pretende desmitificar la caricatura realizada de la Segunda República. El republicanismo en nuestra nación es una realidad incontestable. Por ello, antes o después, el debate monarquía-república se abordará. Por más que el sistema considere que tiene «todo atado y bien atado», el académico

recuerda que son «los hechos y no las leyes los que imponen las grandes decisiones políticas» (pág. 9). Ni el BOE ni la Carta Otorgada pueden detener la imposición de los hechos.

El libro se divide en dos grandes bloques. En el primero, se analiza la Segunda República, las razones de su fracaso y el motivo del Alzamiento Nacional. En la segunda, Nieto teoriza sobre el futuro y una hipotética «Tercera República». Todo ello lo tratará desde un punto de vista histórico —no estrictamente cronológico—, político-ideológico y apriorísticamente «neutral».

Un tema que, salvo en contadas ocasiones, ha pasado de largo ha sido la instauración de la Segunda República. Se nos cuenta que se celebraron comicios municipales en los que las candidaturas republicanas obtuvieron un éxito absoluto en las capitales de provincia. Tras ello, Alfonso XIII decidió abandonar España y dejó paso al gobierno provisional republicano. Lo cierto es que, en toda la nación, los candidatos monárquicos ganaron holgadamente en número de concejales. En este sentido, Alejandro Nieto estima que las manifestaciones callejeras de abril de 1931 no fueron espontáneas, sino «organizadas cuidadosamente por un estado mayor y ejecutadas luego por reducidos grupos de activistas bien entrenados» (pág. 119). Fue la presión de unos pocos, y no la mayoría, la que impuso el régimen republicano. En otros términos, «la proclamación de la República fue obra de un golpe de Estado civil que siguió el modelo decimonónico de autoproclamación pacífica en el balcón de un edificio público representativo, ante la pasividad de la Fuerza Pública» (pág. 171).

La Segunda República se puede resumir como una sucesión de crisis y de ejecutivos que no pudieron gobernar. El gran defecto que tuvo este régimen fue la patrimonialización que hicieron de él los liberal-republicanos, los socialistas y los comunistas. El resto —los católicos y la derecha— fueron excluidos. La formación del gobierno provisional no tuvo en consideración los resultados de las elecciones de 1931; el proceso constituyente fue una farsa; la «Constitución» era rigurosamente cerrada, anticlerical y socializante. Los socialistas utilizaron la República para sus propios fines. La

veían «como instrumento o puente para llegar a la revolución proletaria que era su verdadero objetivo» (pág. 17). Nieto no duda en afirmar que «los años de la República civil supusieron un concienzudo entrenamiento para la Revolución de 1936 llevada a cabo por expertos bien instruidos y no por aficionados espontáneos» (pág. 72).

La victoria de la CEDA y del Partido Radical de Lerroux en las elecciones de noviembre de 1933 mostró cómo el PSOE y los anarquistas jamás permitirían que una fuerza conservadora dirigiera el timón del Estado. Muestra de ello fue el «ensayo general revolucionario» de octubre de 1934, que se dio en toda España, aunque arraigara solamente en Cataluña y Asturias. Fueron la derecha y el Ejército, capitaneado, por cierto, por Francisco Franco, los que reinstauraron la legitimidad democrática. La excusa de este intento de golpe de Estado no era otra que la entrada de algunos miembros de la CEDA, fuerza parlamentaria mayoritaria, en el Consejo de Ministros. La realidad, empero, era que los socialistas «no tolerarían que llegase al Poder una formación política a la que tenían por autoritaria y fascista» (pág. 130).

Las elecciones de 1936, que supusieron la entronización del Frente Popular en el gobierno, estuvieron marcadas de irregularidades y pucherazos. Además, el sistema electoral era radicalmente injusto y desproporcional. Tras los comicios, la república se identificó «para siempre con la Izquierda y la Revolución. No había sitio para la Derecha ni para el Orden» (pág. 135). La situación se volvió insostenible. Nieto la describe: «Los milicianos socialistas y anarcosindicalistas, ante la pasividad de las Fuerzas del Orden, se apoderaron de la calle y centros cívicos y domicilios particulares de cedistas y monárquicos—o simplemente de los burgueses acomodados—fueron asaltados, iglesias y conventos incendiados, cosechas quemadas, servicios públicos paralizados, huelgas y manifestaciones constantes, tiroteos frecuentes. Los actos terroristas se hicieron habituales» (pág. 93).

Ante ese escenario, el dilema no era «democracia o fascismo», sino «Revolución o Antirrevolución», «Caos u Orden». El Alzamiento Militar, como corolario, fue «en su esencia antirrevolucionario y sólo indirectamente antirrepublicano,

basándose en que la república había abrigado a la Revolución» (pág. 82). Su principal objetivo era restablecer un orden que la misma izquierda había socavado. Fue, a fin de cuentas, una defensa de la religión, la unidad nacional y la Patria. «Media España no se resigna a morir», dijo Gil Robles.

En la última parte de la obra se analiza la posibilidad del advenimiento de una república. Advierte de los peligros y critica aquel pensamiento que la considera como la panacea. El mayor desafío, siguiendo a Nieto, de la «Monarquía» es «encontrar un punto de equilibrio para las disidencias, una moderación o contrapeso de los extremos, un permanente ejercicio de prudencia» (pág. 199).

No obstante, creo que el verdadero dilema sería: ¿hasta qué punto esta *pseudomonarquía* puede seguir siendo «neutra» ante los desmanes de la oligarquía política? ¿Puede un monarca —cuyo escudo viste una cruz— firmar leyes del aborto, de la eutanasia o del transexualismo? ¿Para qué sirve un trono que es títere del gobierno de turno? ¿Es cierta esa supuesta «neutralidad» cuando, al mismo tiempo, le vemos con un pin de la Agenda 2030?

La realidad es que la república, al igual que en 1931, está secuestrada por la izquierda y el progresismo. Sería urgente, tal y como ha advertido Pedro Carlos González Cuevas en esta revista, la aparición de una derecha republicana sensata que se erigiera como una alternativa frente a los actuales republicanos trasnochados. En caso contrario, señala Nieto, «mientras continúen siendo las izquierdas las que promuevan la república es lógico suponer que ésta se instalará bajo este signo». Además, sin un republicanismo cuerdo, en el momento en el que la disyuntiva monarquía-república esté en la palestra política —que lo estará—, será imposible evitar que España entre en barrena hacia un «país federal, tolerante e inclusivo».

El libro de Alejandro Nieto es provechoso frente a una propaganda sistémica que pretende imponernos, a golpe de legislación, unos hechos distintos a los ocurridos realmente en la España de 1931 a 1939. Destruye la imagen inmaculada de una izquierda que solamente buscaba traer la Revolución, la expropiación y el Terror. Además, nos avisa de la posibilidad de que la historia se repita otra vez. Para evitarlo, es fundamental

abstraernos de los mecanismos de manipulación modernos y del pensamiento borreguil. Solamente desde la prudencia y el sentido común seremos capaces, cuando toque, de discutir sobre la mejor forma de gobierno para España.

José Andrés CALDERÓN ROJAS